

*anf*

## El Cuento Semanal



**Esposas del Señor**  
por **DIEGO SAN JOSE**  
Ilustraciones de Izquierdo Durán

Ayuntamiento de Madrid

**20** céntos



# El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-17 de Noviembre de 1911.-Núm. 255

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.  
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre  
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

## Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS, DE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12 :: Precio fijo

## REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado. Pesetas, CINCO el frasco

PEREZ MARTIN Y COMPANIA  
Alcalá, 9, Madrid

## Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín y Comp.<sup>a</sup>, Alcalá, 9. Madrid

LEASE BIEN EL PROSPECTO

## COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MAQUINAS DE ESCRIBIR  
Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO-  
:: :: :: PETAS Y BICICLETAS :: :: ::

## AL TODO DE OCASIÓN

Fuencarral, 45

## Alhajas de ocasión

Compra y venta de toda clase de alhajas, ropas de invierno hechas y en corte, platearía, relojería, porcelanas, cuadros, alfombras, tapices, impermeables, gabanes, ropa blanca, paraguas, escopetas é infinidad de artículos de gusto

PEZ, NUMERO 11 TRIPLICADO  
(portada roja)

## García Guerra, Hijo

JOYERIA MODELO

Pulseras de pedida desde 40 pesetas.—Objetos de plata para bodas y regalos

3, LUNA, 3

# Sombreros Brave

PRECIOS SIN COMPETENCIA



Montera, 6

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

## LAS MALDITAS IDEAS

Ayuntamiento de Madrid POR MANUEL LINARES RIVAS



# ESPOSAS DEL SEÑOR

Á JOSÉ FRANCÉS

*Estas pobres colillas del mundo que se desposan con Nuestro Señor cuando ya la vida no tiene goce ni pena por que hacerles pasar, van hacia vuesamerced, amigo mío, con mucho respeto, y por ingenio le besan las manos, aunque algunas solapadamente le guiñarán el ojo, recordando que tal vez en el siglo, cuando hicieron lo mismo, echó vuesamerced tras ellas, y fué hacecillo que contribuyó á formarles la hoguera del cansancio más que del arrepentimiento.*

*Como pregonero que las saca á la vergüenza y alcuacil que las descubre las ñapas, envía un abrazo á vuesamerced, — EL BACHILLER DON DIEGO.*

*En Madrid, á 6 de Mayo de 1911.*

Eran aquellos días de los calurosos de Julio; el bernejazo platero de las cumbres, como dijera el magnífico señor de la Torre de Juan Abad, vomitaba rayos, como si hubiérase tragado los Infiernos y el Purgatorio juntos y tuviera indigestión dellos.

La hora de la siesta iba por filo, y todo en el plácido monasterio era quietud y soledad.

Las santas madres reposaban en la penumbra velada de sus celdas, confiando á los dulzores de la siesta la inquietud de sus vidas pasadas y el sosiego de la presente.

En un rincón sombrío del claustro que la luz solar no visitaba más que al nacer, tres pícaros monaguillos jugaban quedamente á la taba, mientras el demandadero, vejete gordo y colorado, soltaba estrepitosamente por garguero y narices los vapores ruidosos de su sueño, sin preocupaciones que le exaltasen.

¡Bien hayan estos hombres, inflados como za-

ques, que dan con sus ronquidos ambiente de paz en tres leguas á la redonda del sitio que toman por dormitorio!

Yo de mí sé decir que, si envidia la vida eclesiástica, es por lo bien que saben roncar los canónigos, que no hay vago de profesión que los iguale.

A otra parte del claustro, casi al final, junto á la puerta del refectorio estaba el torno, donde la madre encargada medio dormía también, mientras por entre las manos cruzadas sobre el vientre pasábanle muy de tarde en tarde las cuentas de un rosario, que, de no saberse que era instrumento devoto, pudiera muy bien tomarse por carga de leña.

De cuando en cuando suspendía el sueño y el mascullar latines bárbaros para sumir una jarra de Talavera en una tenajilla desportillada que había junto y colocarla en el torno llena de un agua fresca y cristalina, de donde tomábala la mano de un sediento.

Algunas veces (las más, dicho sea en honor de las almas cristianas y de buena fe) era devuelta la vasija con una canturía agradecida, que así rezaba: «Dios se lo aumente, hermana»; pero otras sólo escuchábase la voz queda y rencorosa de la monja que decía:

—¡Anda, ladron, bellaco, y así en la otra vida te engarcan los demonios con cascots de jarras y uñas de torneras! ¡Así no tengas salvación en la hora de la muerte. Amén!

Y dando una rápida vuelta al torno, volvía al sueño y á la devoción, no sin antes tomar otra jarra nueva de entre unas cuantas que ya de antemano tenía prevenidas.

Los maullidos madrigalescos de algún gato galán, ó las quejas sentimentales de ciertas gatas viudas ó en estado de merecer, rompían la santa quietud de aquellos parajes; pero como suceso de costumbre, sin cuyo requisito pareciera que faltaba algo importante en la vida monacal, ni los monaguillos dejaban la *taba*, ni el demandadero el roncar, ni la tornera el piadoso me-



ner del *rosario*, de acudir al sediento y de tro-  
nar contra el pícaro que, luego de satisfecha la  
necesidad, escapaba con el jarrillo en la pretina.

Sonaban las cuatro en un cercano reloj, y aún  
no habíase perdido el eco de la postrer campa-  
nada, cuando el esquiloncillo del claustro comen-  
zaba á plañir como muchacho mal criado y vo-  
luntarioso, que todo lo pide con voces desagra-  
dables, y si ruega, llora, y si manda, grita, y  
siempre molesta.

La vida en la casa de Dios, que en las horas  
de siesta estabase en paz, comienza á rebullir,  
y las buenas madres, esposas suyas, con el paso  
quedo, las manos en cruz, bajo las ampulosa-  
des del hábito, y los ojos muy clavados en tie-  
rra, encaminanse hacia el coro, donde por un  
cuarto de hora turban la paz del templo con sus  
voces gangosas.

Monaguillos y demandadero esfumáronse como  
trasgos á la primera campanada, no quedando  
más que la tornera en su rincón y las santas  
imágenes en sus hornacinas.

Tiene este convento más donaire para los es-  
píritus bullangueros que los demás, porque en  
éste, las desposadas con Cristo, son ya viudas  
ó desechos de los hombres.

Y aun hay tal, que guarda con mucho amor  
reliquias y resabios del mundo. Que yo sé quién  
destas mujeres, mientras las otras entonan, más  
por rutina que por devoción, los cantos litúrgicos,  
han en el magín los versos desvergonzados de  
alguna jácara picaresca, que es salmodia de tru-  
hanes y de buenas mozas.

Luego de hecha la diaria salutación al *Esposo*,  
tornaban las reverendas madres al dulce placer  
de no ocuparse en nada útil, diseminándose por  
los rincones del claustro y los paseos del huerto.

Era éste una razonable extensión de terreno  
pegada al monasterio, donde una espléndida ve-  
getación de árboles frutales y de jardín dábale  
aspecto paradisíaco. En el medio había una fuen-  
te que diz que fué traída del patio de una casa  
señorial. Era la figura escultórica que la presidía  
algo profana para tan santo retiro.

Representaba una soberbia matrona, á lo que  
parece *Cibeles*, oprimiéndose los senos desnudos,  
de cuyos gruesos pezones (lúbricamente teñidos  
de almagre por la picardía del jardinero) salían  
dos potentes chorros de agua que iban á caer en  
una admirable concha de pórfido.

Dijérase que era instintivo ó pura casuali-  
dad; pero muchas de las monjas, al pasar jun-  
to á la fuente, llevábanse las manos á los pe-  
chos y miraban á la diosa. Unas sonreían con  
aire de satisfacción, y otras, con la cabeza muy  
baja, retirábanse, llevando un tinte de melan-  
colía en la faz.

Medianera de la huerta, había una mancebía,  
también con jardín.

Por de fuera, tan seguida y uniforme era la  
tapia, que mal podíase distinguir dónde se en-  
contraban las dos fincas.

Y coronista de la Villa hubo á la manera de  
León Pinelo y Francisco Santos, que queriendo  
hacer mención separada de uno y otro *cuartel*,  
no acertó á darse cuenta de dónde se dividían.  
Y así las confundió sacrílegamente é hizo tro-  
car en el transcurso de su relación los hechos  
y las historias, y si de las monjas habla, parece  
que lo hace de las mozas del partido, y si de las  
mozas, quedan malparadas las *esposas del Se-  
ñor*, que algunas veces (sin darse cuenta) dice  
que en el claustro nació un infante y en la casa  
murió una virgen.

El jardinero era un mozallón fornido, de facha  
truhanesca; siempre había en su cara un gesto  
de cínica picardía, y ante las santas mujeres  
procuraba hacer trabajos forzados por que le  
admiraran la contextura. Y... nunca faltaban ra-  
micos que subir á tal ó cual celda y aun servir  
de modelo á cualquier monja pintora para un  
San Bartolomé, aunque luego, sin decir quién  
fuera el que valió por santo, lo adivinaran todas  
por un solo detalle.

Aquel mismo día, luego de que sus reveren-  
cias salieron del coro, la madre abadesa, que  
era muy gentil desperdicio del mundo, anunció  
á la comunidad, para aquella tarde, la visita del  
señor Don Pedro Ramírez de Arellano y Sala-  
manca, visitador de la Orden, y recomendó que,  
por las muchas mercedes y dádivas que hacía  
á la casa, recibieranle con tanto gusto y agasa-  
jo como al mismo Rey, aunque con menos cere-  
monia, porque era hombre muy llano, que an-  
tes gustaba de las vulgaridades de la vida que  
de la etiqueta fastidiosa y absurda.

—No habrán menester de más—continuó la su-  
periora—que mostrarse con él (cuando llamare  
á algunas aparte) tal y como fueron en el mundo,  
que con esto no hay escándalo ni falta de amor  
á Jesucristo, pues que todo se hace por mante-  
nerle con más regalo en nuestros corazones.  
¿Hizo más alguna de nosotras en el pasado,  
cuando por sostener el cariño de un hombre tra-  
tábamos con doscientos? Así, en Dios y en su  
buen criterio confío, hermanas, que por bien de  
todas y mayor gloria de nuestra santa abogada,  
lo harán como aconsejo. ¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida—ganguearon con cier-  
ta ironía todas las madres, y como era la hora  
de recreo, cada una ó cada dos fuéronse donde  
les plugo.

## VISITA PRIMERA

De allí á poco que el sol se fué adormilando y  
sus besos eran más á lo viejo que á lo mozo,  
puso el pie en la sala capitular el venerable vi-  
sitador, que fué recibido con toda pompa y cor-  
tesanía. Sirviéronle en el refectorio un rico cho-  
colate, tarea de los padres de la Merced, acom-  
pañado de exquisitos bollos, confeccionados por  
las mismas esclavas de María Magdalena.

Habló con unas y con otras, y luego manifes-



ló deseos de pasear por la huerta prescindiendo de toda ceremonia y respeto. Y así lo llevó á cabo, como fué su deseo.

Fijóse entonces en una garrida profesa, y llamándola hacia sí, díjole amablemente:

—Oiga, madre, ¿querrá, por amor de Dios, hacer una nueva obra de misericordia, como es ayudar al que no puede, acompañándome hasta el primer banco del huerto?

—¿Cómo si quiero?—respondió la tal—. ¿Pues

Fueron á bajar los primeros escalones que llevaban al huerto, y por la flaqueza de las piernas hubo de tropezar el marqués, y aun cayera si no se agarrara instintivamente al cingulo de su lazarillo.

No dió ella tiempo á que el señor Don Pedro tocara el suelo con las rodillas, que muy presuntamente supo resistirle en el brazo que le ofrecía de apoyo.

—¡Que nunca he de mirar dónde piso!—arguyó el honorable reconviniéndose á sí mismo, y luego, atiplando la voz con muy sutil picardía, dijo, parándose en los dos últimos escalones que faltaban para entrar en la huerta: —¿Lleva cilicio, madre?

—¿Para qué más cilicio, señor—hubo de responder la tal—, que las penas y pecados desta vida? El espíritu es lo que ha de mortificarse con la constante recordación de lo que amó y aborreció en el siglo, que la flagelación del cuerpo para nada aprovecha.

—Pienso que la venerable sor María de Agreda no respondiera á tal pregunta con tanta sabiduría. ¿Y cómo se llama, madre? ¡Dios la bendiga!

—Por la mucha devoción que desde niña tuve á Nuestra Señora del Carmelo, llámanme sor María de la Consolación. Cuando rodaba por el mundo decíanme Carmita la *Primorosa*.

—Donoso nombre, que, á lo que se entiende, era panegirico de la persona. Aquí será bien que nos sentemos, y yo me atrevería á rogarte—y permite que por el triste privilegio de mi mucha edad te tutee, que, fuera desto, como

esposa del Señor te reverencio y acato—, me atrevería á rogarte, digo, que si no hiciste voto de callarlo por los días de tu vida, me dijeras algo de tu pasado, que yo gusto mucho destas cosas de vidas ajenas, cuando en las tales vidas hay pasiones y amarguras, que son la verdadera máquina del vivir.

—Como voto, no hice ninguno, más que el de no tornar al mundo; en cuanto á contar lo que fui, más téngolo por penitencia de mis culpas, y pues que vucelencia lo quiere, allá va una glosa de mi vivir, en la que verá, como en otra cualquiera, risas y lágrimas, flores y abrojos, venturas y desventuras, que pienso que todas las vidas son como los ríos: sólo han diferencia



para qué estamos aquí si no es para servir á Dios y á vucelencia. Pero espere si es servido y haré que le bajen un sillón.

—No es menester; que con que esté su reverencia á mi lado todo me parecerá blando. ¿Sois profesa?

—Habrá un año por San Mateo.

—¿Y lo lleváis con paciencia?

—¿Pues por qué se piensa vueseñoría que esté yo tan rolliza y lustrosa sino por pacienzuda?

—La paciencia, hermana, es el mejor pasaporte para cruzar este valle de lágrimas, el único don que, habiendo fe, no se acaba si no es con la vida. Y con paciencia y fe se llega al Señor, no lo dude.



en las riberas, en el cauce son todos lo mismo: agua.

—¡Por la pasión del Señor, que eres tan discreta que más vales para regir la Comunidad que para ser regida!

Acomodáronse llanamente á la sombra de un olivo centenario y comenzó sor María de la Consolación la crónica de su pasado, más que por gusto por dar contento á Don Pedro, como recomendara la Abadesa.

**Donde sor María de la Consolación cuenta la vida y muerte de Carmita la «Primorosa», capullo de buenas y alegres ninfas.**

Rubia soy como el sol del Mediodía, y mi cuerpo no parece, por lo terso y blanco, sino que fué amasado con hojas de rosa y copos de nieve... Aquesta fué mi perdición, que yo misma hallaba recreo en contemplarle y lo más del día (siendo en verano) pasábamelo en el divino traje con que nací. Ya había visto quince veces florecer la primavera y cumplíanse dos desde que Nuestro Señor me extendiera pasaporte de hembra en cédula carmesí, para que pudiera ejercer como tal donde quisiese.

Con estos privilegios físicos tenía muchos devotos de mí, que me guardaban la calle y hacíanme escolta cuando salía de casa con la dueña, que mi madre siempre me dejó á mi libre albedrío, porque yo la dejara á ella campar anchamente, que dábase muy buena maña para andar por lonjas y covachuelas, donde siempre sacaba astilla, porque todos los mercaderes y escribanos tenían que hacer con ella.

Cierta vez, para no sé qué negocio de unas joyas hurtadas, hubo de entrar en conversaciones con un mulato, al servicio del infante Don Juan, y con este pretexto siempre teníamos mulático en casa.

... De allí á nueve meses, mi madre acostóse una noche sola y amaneció con un angelico de bronce. Yo corríme tanto desta bellaquería, que determiné marcharme de casa porque las gentes no me señalaran tal parentesco, que, muy á pesar mío, habíaseme entrado por las puertas.

Esperé que Dios amaneciese al otro día, y cuando la primera luz matinal (sin pedir permiso) entrábase por las ventanas de mi aposento, ya estaba yo vestida, y pretextando ir á cumplir con la Iglesia, salíme á la calle y eché á andar por la Villa.

Al pasar por la Victoria, famoso y cortesano templo, vinieronme ganas de entrar por ver si allí encontraba quien me ofreciera la mitad del regalo que en mi casa hube de despreñar por un escrúpulo de estética; que si mi madre pariera, aunque fuese á descote, diez muchachos de pelo y ojos como tizones, pero blancos de cuerpo, jamás apartárame de su lado, que era muy gentil maestra de la vida y pude sacar de sus consejos y advertencias muy provechosas lecciones.

Emboqué, como digo, en la Victoria, y acomódeme, con más ansias de hallar lo que buscaba que de devoción, junto al altar privilegiado.

Cabe el ruedo en que hallé aposentamiento para mi garbo, estaba con mucha piedad una mujer, ya entrada en años, humilde y limpia, que decía sus oraciones en un constante silbido, entiendo yo que para que la señalaran los que estaban cerca como cristiana vieja. Y en esto sí que no se engañaran, que si la tal no vió la entrada del César en Madrid, debió ser porque por el entonces no se encontrara en la Corte.

Dió en mirarme de soslayo con muy grande insistencia, y á dos veces que me lanzó los ojos, ya pensé que estaba en camino de mi nueva vida. Aparenté, sin embargo, indiferencia y temor de Dios, y comencé una oración al justo juez, con mucho alzar de ojos y besar el suelo.

Poco á poco fuéseme llegando la buena madre, y cuando estuvo tan junto que no podía moverme sin tropezarla, díjome discretamente mil cosas en elogio de mi garbo y de la ejemplar devoción que mostraba. Con mucha humildad respondíala yo, y de unas en otras palabras, olvidando por entero el respeto que debíamos al altar, di en decirle que era una doncella pobre y sin amparo, que buscaba manera de vivir con honestidad, que mirara si ella tenía conocimiento con alguna dama piadosa que hubiere menester de mis servicios, y si la encontraba me hiciera por amor de Dios esta merced, que sería apartar un alma del pecado, pues en la situación apurada que me veía no era difícil que el diablo me tendiese las garras.

Ella comenzó á lamentarse, y aun entiendo que soltó alguna lagrimita, y terminó diciéndome:

—Y qué cosas hace Dios para probar la fortaleza y templanza de las almas. Conociérais habré tres días, y os hubiera proporcionado el mejor acomodo de la corte con la viuda de cierto mayorazgo de Barcelona; pero agora nada sé. Sólo puedo ofreceros, porque parecísme buena y os he cobrado afición, la pobreza de mi casa; si no tenéis donde cobijaros, aceptad sin escrupulo mi hospedaje, que mejor hallaréis en él el acomodo que buscáis, pues nunca faltan alcurniadas señoras que me hacen encargos de doncellas. En finando esta misa, irémonos allá. Dad gracias á la Santísima Virgen del Perpetuo Socorro por haber dado tan á tiempo con esta su pobre esclava, que no es poca suerte.

Al fin, el venerable oficiante, que era un viejecillo calmoso, llegó al *Item misa est* con tanta lentitud, que pienso que por él se hubo de decir aquel epigrama de:

*No sólo á Dios consumió,  
sino también á la gente.*

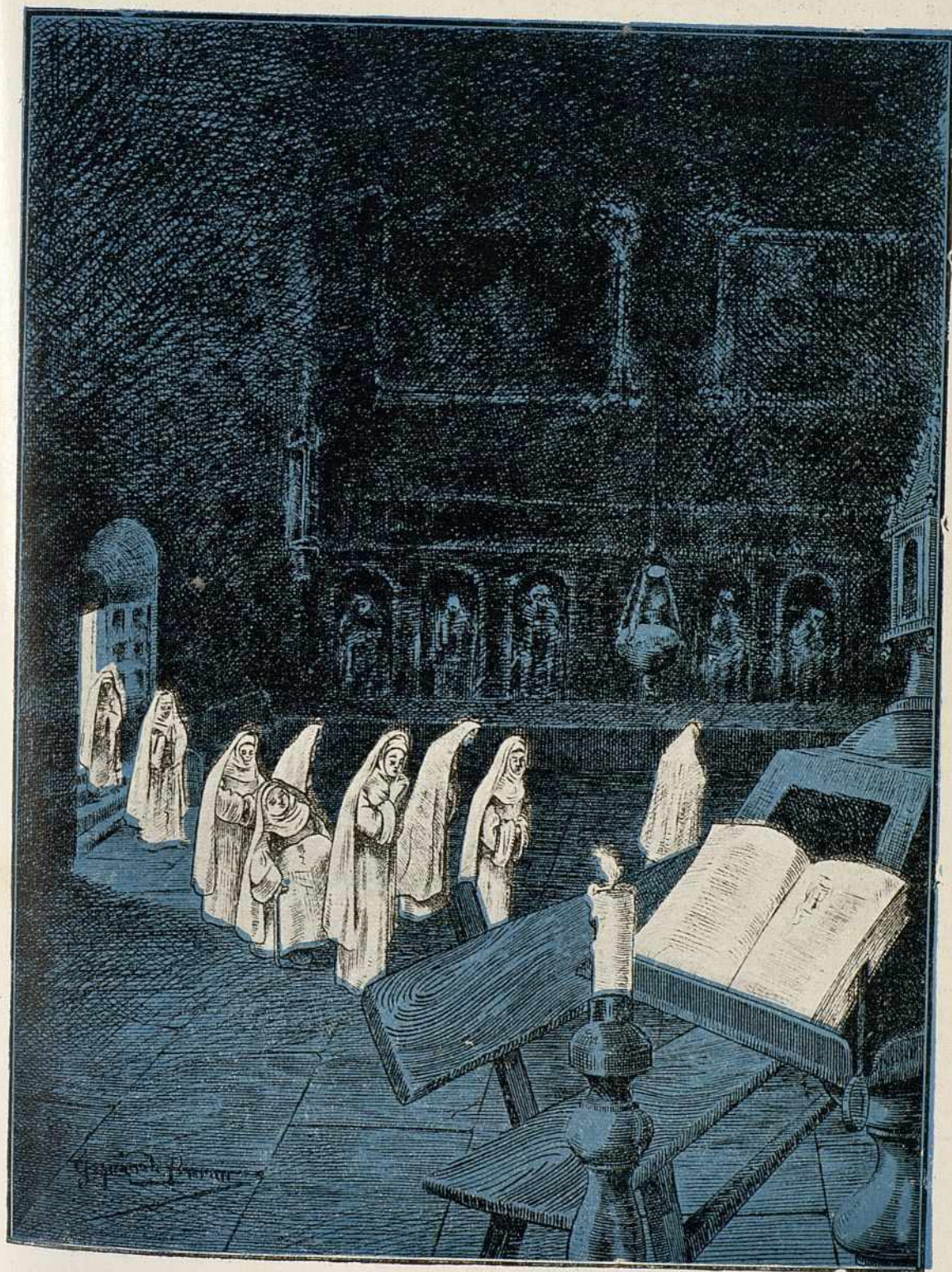
Apenas finada la misa (que no sé como fuémos paciencia), salimos del templo mi nueva ma-



dre y yo, y cruzando calles y plazas, dió conmigo en cierto zaquizamí de la calle de Francos. Apenas dentro, ella misma ayudóme á despo-

venir al medio día porque tenían huésped. Y á este tiempo guiñó un ojo.

Luego, tornando á mí, díjome cómo este Don



jar de manta y basquiña, dándome otra prenda desta clase más historiada y ligera que la mía.

Llegóse á una ventana que daba á un patinillo y mandó á una moza que llevase recado á su pariente Don Gonzalo de que no se retrasase en

Gonzalo había poco que estaba en la corte y era un hidalgo respetable de Medina del Campo, que había venido por no sé qué pasos de una herencia considerable.

Ayuntamiento de Madrid



las mujeres; aunque sin ser viejo no era mozo. Aconsejéme que si daba en requebrarme no me hiciera la esquivia, sino que envidase si él decía quiero, porque pagaba muy bien los gustos.

—Buena estáis para un arzobispo, cuanto más para un hidalguillo provinciano—continuó diciendo, y comenzó á palparme el cuerpo á través de los vestidos, tentándome los pechos y los muslos. Preguntóme cuya era la llave de aquello y yo le dije que aún no la tenía, y así se estaba la cerradura sin estrenar.

—Eso ya lo veremos—dijo la madre con mucha suficiencia—, y si es como decís, mi señor Don Gonzalo sabrá mercaros una de oro.

Y aquí, como si me hiciera examen de conciencia, comenzó á prepararme para la visita de su pariente.

Yo me dejaba hacer y escuchaba que, como habíame salido de casa sin ánimo de volver, y tantas destas cosas vi en mi madre, estaba dispuesta á todo.

Hízome mudar por completo la ropa que llevaba, y de la camisa á los zapatos no quedó cosa en mí de la que antes traía.

Esfumóme en puntillas de Cambray y encajes de Almagro, que más parecía espuma de jabón que carne de mujer...

Diga, señor mío, si le cansa mi charla, y dejáremosla comenzada para otro día, que estas cosas tengo para mí que no han de fatigar, porque entonces pierden todo interés y más enfadan que dan gusto.

Hizo protesta el marqués deste paréntesis, y dijo muy almibarado, que en su vida escuchara relación que le diese más gusto, y así debía de ser, que aun el respirar lo hacía muy de tarde en tarde, por no velar con los vapores del asma ni una letra de cuantas componían la donosa vida de sor María de la Consolación.

Visto el mucho agrado con que era atendida, prosiguió la venerable hermana su picaresca historia.

—Pues sabrá vuecelencia, señor mío, cómo en estas y otras cosas, todas ellas preparativos para la visita de aquel pariente, llegaron con toda solemnidad las doce campanadas que marcaban el medio día. Sonaron, lentas y graves, en la vecina parroquia de San Sebastián; arrodillámonos con mucho fervor y dijimos la salutación del ángel: *Ave María, llena eres de gracia*.

Aún hubo tiempo luego de hacerme alguna advertencia para el mortal momento de refrendarme el pasaporte de hembra. Y con esto, dejéme sola en meditación, como se hace con los enfermos que han de recibir al Señor, por que piensen con todos los sentidos en lo que les va á entrar en el cuerpo.

A decir verdad, estaba algo trastornada, porque nunca pensé que este paso pudiera ser de tan alta trascendencia, y dí en hacer una especie de examen de mi vida anterior, como quien se halla en trance de muerte.

A poco llegó el tan ansiado deudo, y si voy á decir verdad, señor, movióme á risa, que en mi vida vi más plata en unas barbas ni más arrugas en un rostro.

Tocábase muy á lo excelencia, que traía chambergó de poca ala con pluma rizada, flamante capotillo de paño de Segovia, jubón de lo mismo, muy pulida y blanca la valona, y los puños con su guarnición de encajes almagreños, muy bien cortado y hueco el calzón, y tan estiradas las medias que daban pesadumbre; todo ello negro, que parecía una tumba. Renqueaba un poco el andar, y si hablaba silbábanle las *eses* como á comedia de Alarcón.

Fuile presentada por la huésped, que dió en alabarme—Dios sabe por cuánto—, y el buen viejo, como saludo, hizome una apretada mamola.

Dijome si era yo la que estuve, habría un año, en casa de la *Portuguesa*, allá por el Humilladero, y á esto respondió la madre que era nueva. El hizo mojiganga de alegrarse mucho, y comenzó á dar piruetas y á decir que si habían traído de comer, y que si no, mirasen cómo podía hacerse presto y en abundancia, que él corría con todo (si no era con las piernas, pues tenía un mal de reuma que le sacaba de sí).

Presto anduvo la vieja por lo que fuera menester, y en este intermedio quedamos solos el viejo y yo.

No quiera saber más vuecelencia sino que éste fué el prólogo de la tragedia que luego había de venir.

Con muchos remilgos de galán y plantés de mozo, llegóse á mí en faz de querella, revoltosico y audaz, y comenzó á tantearme sobre falda y basquiña.

Esté hombre, que comenzó haciéndome gracia, finó en darme asco; y si no fuera por el aprieto en que estaba, enviárale muy con el diablo. Mas como el apuro era grande, dejéle que hiciera, acomodéme lo mejor posible, puse el pensamiento en cierto rubicundo paje que solía llevar cosas á mi madre de parte de un mayordomo, y cerrando los ojos, encomendéme á Dios...

Poco hubo de aprovechar la encomienda, con ser tan alta, porque el lacerado del viejo, luego de golosmear lo que estaba limpio y meter en guerra lo que halló pacífico, terminó diciendo que hacíasele cargo de conciencia hacer aquello con una criatura de tan pocos años. ¡Miren qué piltrafa de hombre! Si no le quebré los cascos fué porque no hallé á mano cosa dura.

Compúseme el desaliño de la ropa, y él, por disimular, dijo que puesto que habíamos estado en los dinteles de la tentación, enmendáramos la culpa en lo posible rezando una parte de *rosario*. Dije yo que no había lugar para la penitencia puesto que no llegóse á pecar; que rezase él, si fuese servido, pero yo había menester antes hacer motivos para dar lugar al arrepentimiento.

Luego en esto la madre, muy cargada de pro-



visiones de boca y muy habladora, encomiando á un tiempo mismo la bondad de las vituallas y la excelencia de su deudo, que plegue á Dios se le torne deuda.

Comimos algo de lo que trajo. Yo, poco, que estaba muy desazonada, y apenas tomé dos bocados pedí licencia para acostarme.

del garbo de su merced, con su merced soñaba noche y día, y me tomaban lastimosos accidentes cuando me ponderaban lo alto que estaba su merced para que yo le alcanzase.

—Lo mismo ocurrióme en Burgos no habrá un mes—dijo empinándose los bigotes hasta el infinito—, con la mujer de cierto oficial, que



Pasóse aquel día; á otro amaneció Dios y con la nueva luz despertaron las ansias de la vieja por venderme, y con este fin se echó á la calle. Yo, como aún no había tenido amor, ni bueno ni malo, dábame igual uno que otro, con tal de que me trajera quien me apagara la sed con que quedé el día anterior. Y así se lo advertí, diciéndole que como buscara viejos (sobre todo para la primera vez) no esperase que yo hiciera cosa de provecho.

Como en ello ibale muy buena parte, tornó á poco con un hombre fornido y grande, como de cuarenta y cinco años, con unos bigotes más empinados que garfios de carnicero; y á él me echó como carne fresca mintiéndole que, enamorada

me puso en el caso de desjarretarla por que no se arrojara al Arlanza.

—Es mucho garbo el vuestro—dijo la madre—. Esta pobreta ha un mes que vió á su merced en las Gradass, y desde entonces ni come ni descansa, así se me está quedando, que no es su sombra. Mil señores y aun príncipes han hecho por ella, y todos se le han dado una higa, mientras aliente su merced. Pero deje la capa y el sombrero y procure darla contente del enojo en que la tiene por haberse hecho esperar tanto.

Y dejónos solos. A dos palabras, aquel bellaconazo arremetió conmigo con tanto empuje, que no fué poco milagro salir con vida de la batalla. Tal no me ocurra de nuevo, que no he nacido



yo para ensartada, sino para que se me trate con más mimos que un merengue.

Con todo, dejéme satisfecha; pero á la hora de los dares, dijo como era mucho favor que él hubiera embestido conmigo, y que se le hacía ofensa en pedirle dineros. Mondóse el garguero con cuatro toses á lo matón,

*caló el chapeo, requirió la espada,  
miró al soslayo, fuése, y no dió nada.*

Quedó la vieja como muerta y yo como harta.

Desde aquel día, pregonóme de mil maneras: como doncella, por hacer pagar la fruta nueva; como casada, por hacerme manjar prohibido, y como viuda, por darme como iniciada en todos los secretos del matrimonio; y yo, por hacer á todo, dábame como la mayor y ansiosa pécora que se revolcara en sábanas de mancebía.

Aficionéme de un rufiancillo que vivía á costa nuestra, y esta fué mi desdicha, que con el corazón y el cuerpo entreguéle á un tiempo mismo la salud y las ganancias. Cada día me daba un disgusto y una sarta de pretinazos si le ocultaba lo que ganaba ó hacía sisa al darle la cuenta. Y con esto yo dí en quererle con más fuerza, que con los golpes con que me santiguaba, parecíame que hallaba placer.

Pero un anochecer, por cuestión de dos reales, apretó tanto el palo, que me quebró una pierna.

No me determiné á echarlo en garras de la Justicia, y yo sola, con ayuda de una famosa celestina, que en todo este tiempo corrí los más famosos tugurios de la corte, adrecéme la estropeada como pude. Pero ello fué de tan mala manera, que ya no volví á valerme como antes, pues de resultas salióme un tumor maligno y no había quien conmigo se atreviese, entendiendo que eran lacerias de placer.

Echáronme de la casa porque decían que más era cruz para los diablos que venían á pecar, que cebo para los anzuelos.

No volvió más tampoco mi truhán, y así, viéndome desamparada, llena de macas y dueños, determiné acogerme á la Iglesia; y buscando el arrimo de cierta alcurniada, que en mis buenos tiempos me buscó para holgarse conmigo, colé en esta santa casa, donde, con la ayuda de Dios, pienso finar mis días, llorando de vez en vez por aquel sinvergüenza, desfacedor de mi sosiego y colofón de mi piadoso menester, y otros ratos dando gracias al Señor porque me trajo al escombros de tan buenas compañeras, que, más de cuatro que ve su señoría, corrieron en el siglo sus aventuras por los mismos campos que yo.

Aquí fina la historia de Carmita la *Primorosa* que vueseñoría quiso saber; mire si á la madre María de la *Consolación* tiene que hacerle algún sufragio por ella. ¡Dios la perdone!

A este tiempo que ya el rubicundo Apolo iba escondiendo tras las tapias del huerto, volvió

á gemir el esquiloncillo, y toda la comunidad fué congregando en el coro; el señor marqués y sor María salieron por entre todas, los dos un poco tristes, pero satisfecho el prócer de haber añorado travesuras y andanzas de su mocedad, que, á lo que parece, en sus tiempos de estudiantillo también él fué capricho allá en Salamanca de cierta pupilera ajamonada y más inflamable que una pajuela.

Y esta entrevista, glosa de una vida pícaras, tuvo un donoso comentario en la sobremesa de aquella noche cuando sor María de la Consolación dió fe della.

Fué motivo para traer á cuento gratas memorias, que ahora, al acudir á tales mentes, expurgadas de malas intenciones, si no de truhanescos pensamientos, ponían un punto de grata nostalgia en aquellas desterradas del placer.

¡Carne pecadora, que se curaba y consumía al calor de los cirios y al humo del incienso!

—A ese propósito de vuestra andanza por la vida, de camastro en camastro y de celestina en celestina—dijo la abadesa—, quiero yo traer á recordación un caso doliente y lleno de picaresca, con su moraleja humana de *finis*, acontecido en la última nave que me trajo á las playas de Cristo. Y aunque no del todo, este caso fué como prólogo de la vida de ayuno que llevo há más de quince años.

Todas pusieron más atención que si de las santas prácticas se tratara, y su reverencia comenzó con mucha devoción la crónica del caso traído á cuento:

Famosa era la casa en toda la Villa; no había otra que rifara tales mozas, que podía, la que menos, fuera del oficio que llevaba por la estampa del rostro y lo pulido de la figura, servir de querube en el retablo de la *Purísima*. Así medraba el negocio que era un encanto; pero ninguna, con ser todas, como digo, muy aceptables y de buen ver, hacíamos mejor cebo que Lucila la *Tariñena*.

Rubia era como un doblón y blanca como camisa de novia sin estrenar; lindo el garbo por todo extremo, que si la luz de sus ojos morunos era para condenar á un bienaventurado, la esplendidez de su seno podía ser causa de trasladar toda la corte celestial á los profundos infiernos. ¡El Señor nos libre!

Y ¡cómo gustaba, la muy picaresca, de acariciarse las redondas ánforas de su carne majestuosa y decir á los golosos mirones que por no tener dineros estábales vedado aplacar en ellas la sed!

—¿Verdad, hermano, que parecen cúpulas de catedrales? Vamos, no se haga el vergonzoso, que bien sé yo que si de niño las hallara para alimentarse dellas, por niño se tuviera toda su vida, y estuviera mejor criado. Léguese y toque, que el tocar nada cuesta.





Y reía como una loca.  
Las dueñas mirábanla como la joya de la casa,  
y los huéspedes solían andar á cintarazos por  
abrazarse con ella.

Decían todos que jamás trataron cosa que se  
le pareciese; su alegría animaba y su lindeza  
hacía milagros con los más duros y viejos. Pá-  
rrocos y oidores, que no eran hombres para más  
que servir á Dios, fueron con ella y cumplieron  
como muchachos de la última hornada.

Jamás de labios de tan gentil hembra oímos

salir la glosa de una pena ni  
en sus ojos vimos huellas de  
lágrimas. Si algún ¡ay! te-  
nía allá por los desvanes del  
ánima, ponía en los labios  
como arráez una copla gita-  
na, y al primer verso, salían  
el ¡ay!, y el ánima si fuese  
menester.

Fuera de su obligación era  
lo más posible honesta; los  
días de guardar, cumplía con  
Nuestro Señor, y cada mes  
confesaba y comulgaba muy  
ejemplarmente, que tomaba  
con tanto respeto y alta fe los  
divinos oficios, que si estando  
en la iglesia iban á decirle «tal  
parroquiano está á veros»,  
aunque fuese el Conde-Duque,  
enviaba á la echadiza muy no-  
ramala y seguía sus devocio-  
nes, que ante el altar no deja-  
ba ella á Cristo por ningún  
hombre, lo mismo que junto á  
la cama no despedía á un ami-  
go por una *Salve*, pues solía  
decir con mucha cordura que  
las horas de penitencia eran  
para dolerse y arrepentirse de  
las culpas, y las horas de pe-  
car para hartarse, que Dios  
todo lo perdona cuando se le  
pide con fe.

Si preguntábamole cuál  
tuvo por el momento más di-  
choso de su vida, decía que  
aquel en que se jugó la don-  
cellez en el quicio de una puer-  
ta, aunque siempre al decir  
esto ensombreciase un tanto.

—Qué pena me da—excla-  
maba—cuando veo que se va  
de este mundo una moza, tal y  
como vino á él. A cuántas des-  
tas pobres que *in articulo mor-  
tis* les dan por último remedio  
lo que les pide Natura, podría  
ponérseles, con toda verdad,  
sobre la losa funeraria aquel  
jocoso epitafio:

*Aquí reposa Ana Estrella,  
que veinte años fué doncella  
y de hermoso parecer,  
y en dejándolo de ser,  
murió, según se ha sabido,  
de pena de haberlo sido.*

Cierta noche hubo gran bureo en la casa; tomá-  
ronla por suya unos soldados que aquel mismo día  
habían llegado de la campaña de la Mamora y  
quisieron festejar el arribo en aras de Venus.



Cerraron las puertas, quedándose por dueños y señores del mercado, y privaron á la *mercancia* de todo trato con el mundo hasta que ellos fueran hartos...

La *Tarifeña*, que no hizo ascos á la sangre de Cristo, alegróse bastante; pero al poco rato quedó más lúgubre que capilla en noche de *velorio*, y no hubo manera, por mucho que se hizo, de volverla á su habitual modo de ser. Dejaronla al fin como nave sin gobierno, y el alférez que habíala tomado, tuvo que concertarse con otra más serena... Ya era día con sol cuando de allá de la calle advirtió la *priora* que subía como un hipo de sollozos ahogados que dieron francamente en claro y sentido llanto. Llegóse á ver lo que era, y en el quicio mismo del zaguán tropezó con el cuerpo tendido de la *Tarifeña*, bañado en lágrimas el bello rostro, que, por lo abundantes, parecían salirle muy verdaderamente del corazón.

—¡Válame Jesús Sacramentado!—dijo, á tiempo que ayudábala á ponerse en pie—. Pues tú lloras, sin duda que se acaba el mundo.

Enjugóla, y tomándola casi en brazos, ayudóla á subir hasta su aposento. Allí, con amorosas palabras llenas de mimo, más propias de una buena madre que de una corredora del gusto, sacóla, palabra por palabra, los achaques y dueños que en tales ahoguillos la ponían.

Y así hablaron ama y moza:

«—No crea, madre, que estas lágrimas que me anublan los ojos ni estos suspiros que el corazón me aprietan son los malditos vapores de lo que anoche no supe beber.

«—¿Pues qué hacías abajo á tales horas?

«—No hacía sino rezar sobre mi cruz negra.

«—¡Como no hables en romance, nena mía, no entenderé palabra!

«—Sabrá, *madre*, que por donde yo soy—y entiendo que en las demás partes de España—es costumbre el poner en los caminos donde alguien perdió la vida una cruz, ante la cual todo caminante tiene la piadosa obligación de rezar un *Padre nuestro* y dejar una piedrecita como sufragio por el ánima que allí finó su peregrinación en este valle de lágrimas. A estas cruces las dicen negras. Pues sepa que también yo tengo la mía, cuya es donde ahora me halló, que no es otra cosa que el calvario de mi primero y único amor el escalón de la puerta de la calle. No habrá dos meses aún que junto á él pasaba yo con aquel truhán, cuando, dándome un empujoncillo, metióme en el zaguán y luego en la casa—por vos sabréis el qué—, luego de que hizo conmigo cuanto le vino en gana. Así todos los amaneceres, cuando estoy libre de huéspedes y todo duerme en la casa, sálgame quedamente al zaguán y en él rezo con toda la devoción de mi pena por aquel desdichado querer. Cada lágrima que se me cae de los ojos es la ofrenda de mi querido recuerdo... Pues hoy tuve la desdicha de que su merced diera conmigo, déjeme—y no diga palabra á nadie—que lllore con todos sus

del alma sobre mi cruz, y le prometo ser en las horas de mi oficio la más alegre y desvergonzada pécora. ¿Quién de nosotras no tendrá su cruz negra? ¡No soy yo sola! Todas, madre, y también su merced, llevamos algo muerto en el medio del corazón...»

Y fué esta cróniquilla de una ex compañera como una mano misteriosa que fué corriendo los velos de muchas cruces...

## VISITA SEGUNDA

Muy conforme parece, que hubo de quedar el señor visitador de la Orden, marqués de Puerto Lápice, pues que á la siguiente semana, que era primera después de Cuaresma, envió aviso á la santa casa de que pasaría la tarde del miércoles en compañía de tan ejemplares esposas del Señor.

Tornó la *priora* á recomendar la misma cortesía que la primera vez, haciendo siempre lo más que pudieran, como hizo sor María de la Consolación por hacer grata la visita de S. E.

Llegó al fin á punto de las cuatro, sin otra compañía que el bastón de ébano con puño de oro y regatón de plata, que servíale de báculo, y un paje de bolsa, muchacho gentil, de apuesta figurilla y lindo parecer.

Era el tal muy bien acogido por las reverendas protegidas de su amo y señor, y con dulces y medallicas le tenían contento.

Placianse de rozarle la cara con las suyas por gustar de la suave sensación de la piel fina y lustrosa, y tal había que saliera del *rozamiento*, que más parecía haber pasado el rostro por papel de lija.

—Qué gentil es—decía sor Amalia de la Purificación—, y cómo me agradara tenerle por San Juanito. ¡Dios le bendiga!

Y mientras el venerable quedaba haciendo la visita á su modo, el paje desaparecía por la casa, sin saber á poco por dónde anduviera, que para él no había rincón secreto.

El señor marqués fué agasajado con los mismos honores y remilgos que la vez pasada, y á la hora de bajar al jardín tomó por compañera á una gallarda madre, que tenía más de azucena en flor que de lirio sin aroma.

Como ya la tal sabía la rareza de su excelencia, no le tomó de sorpresa la petición de crónicar su vida y milagros hasta dar en la clausura bajo el maternal amparo de María Magdalena.

Principió el magnate, como experto cortesano, por alabar la lindeza de la gentilísima y rubicunda esposa y preguntarla el nombre por que era conocida en el siglo.

Satisfecho fué muy por menudo, y así supo que aquella linda esposa del Señor llamóse, mientras no tuvo otro dueño que sus caprichos, Lucía. Aunque mejor será trasladar aquí tal y como salió de la cárcel de su boca los famosos hechos y simples hazañas de su vida anterior.



Donde Sor María Magdalena cuenta el lastimoso traspies en que doña Lucía de Mendoza hubo de quedar lisiada para el mundo, y sana y pulida para el Corazón de Jesús (sea por siempre bendito y alabado su santo nombre).

Dejemos aparte, señor, los floridos años de mi niñez, que no fueron sino hoja y hiedra de la flor que habría de abrirse luego en la primavera del vivir, y entrándonos de lleno por esta estación adelante, sepa cómo hice mi entrada en el mundo, por alcurnia y rango de mis tutores,



de la mano de muy altos próceres, porque diz que, al venir á este mundo, caí en pañales harto humildes, que, á lo que parece, mis padres eran gente de la servidumbre de una noble familia castellana. Mi padre era cochero de la casa, y mi madre fué, antes de dar en la argolla del matrimonio, doncella de la señora.

Con ellos viví hasta los dos años, que, al cumplir éstos, no sé qué diablo del infierno tendriala tomada con mi padre, que guiando éste el coche del mayorazgo, desde Salamanca á Béjar, donde por el entonces era la feria, encaminóle á un despeñadero, y allá se dejaron las vidas, y pienso que las almas, mayorazgo, cocheros y mulas.

Mi madre, que había años estaba achacosa por un mal de piedra, acrecentósele la gravedad con la muerte de quien le dió el encargo de traerme al mundo, y de allí á poco se partió á

buscarle. Dios Nuestro Señor y su Madre Santísima, ténganlos perpetuamente en la Gloria, que, según noticias llegadas hasta mis oídos, no pienso que por allá arriba haya bienaventurado con más ejecutoria de santidad.

Compadeciéronse los señores duques de mi orfandad, que duques y muy duques eran por la misericordia de Dios, y no se piense vueseñoría que destos que hace el Papa, sino de los que nombra la majestad de nuestro rey (que Dios guarde), dotándome por deuda suya. Con ellos pasé los mejores años de mi vida, cuyos fueron los que siguieron á la muerte de mis padres.

Como á propia hija me cuidaron y asistieron, que aun no consentían que los criados me tratasen como á igual, siendo yo de su misma clase y condición, sino que habían de hacerlo con todo respeto y cortesanía como á señorita de la casa.

Todo fuera bien y yo encontrárame á la hora desta de consorte de algún rico mayorazgo, si el mismo diablo que arrancó la vida á mi padre no me pusiera frente á un paje de bolsa de mi señor y dueño, bello y rubio como un doblón, teniendo por zaga de su lindeza la traidora condición del cocodrilo, que era el pedir con lágrimas y pagar con agravios. Enamoriscóme el paje de lo lindo, que yo no veía si no era por sus ojos, y con él soñaba, ya que con él no dormía.

Galanas cosas supo decirme y aun rimarme, que entendíasele de versos y hacíalos muy galanos, que eran la gloria de Dios, sobre todo si él daba en recitarlos, y porque vueseñoría vea que es verdad, quiero decirle unos que fueron como el golpe de gracia para traerme á esta vida.

Fueron compuestos al acaso de que, topándome un atardecer sola, en la huerta, besóme á traición en el cuello; y yo, por disimular, no teniendo otra cosa á mano con que tiralle, tiréle los chapines, y á esto compúsome este romance:

«¿Acuérdaste, mi Belisa,  
de aquella tarde serena...  
del Agosto, en que solica  
paseabas por la huerta,  
y con sigilosos pasos  
entré yo sin que me vieras  
y, cubriéndote los ojos,  
te besé tras de una oreja?  
Mucho hubiste de asustarte,  
que yo, porque en sí volvieras  
(que estabas como pasmada),  
fué preciso que te abriera  
á puros besos los ojos  
(¡lindos ojos de sirena!)  
y entre mis labios ahogara  
tus mimosillas protestas.  
Pero muy bien te vengaste;  
que, vuelta del susto apenas,  
tus chapines de marfil



tomaron traza de penca,  
y en mi rostro y en mi cuerpo  
de tal modo hicieron presa,  
que jamás sufrió un rufián  
azotes con más dureza.  
Delante de ti corrí  
por librarme de la *quema*,  
y tú, porque no escapase  
sin gozar toda la fiesta,  
te quitaste los chapines  
y arrojástelos con fuerza  
contra mí, gentil Belisa;  
¿acuérdate la escena?  
Tomélos y dí á correr;  
tú tras mí, y desta manera  
llegamos á la enramada  
más frondosa de la huerta.  
Pedíteme los chapines  
con razones tan *honestas*,  
que quise oficiar de paje  
y cenóvil de tus medias.  
Me besastes en limosna  
de lo bien que te sirviera,  
y yo en la boca y los ojos  
te besé como respuesta.

.....  
No sé qué ocurrió después,  
mas fué cosa de vergüenza,  
que, por no mirallo Febo,  
quedó el jardín en tinieblas...  
Si estas danzas traen por cabo  
el besarte tras la oreja,  
Belisa, ¡por amor mío!,  
baja mañana á la huerta.»

Y baje, señor, que esto fué el cantillo de mi caída. Dios se lo perdone al diablo del paje, no por lo que me consintió, sino por la bellaquería, impropia de cristiano, que hubo de hacerme.

Tratóme primero como dice en el romance, y luego que alborotadamente me tuvo por tan suya que el negarlo fuera decir que alguaciles y escribanos son gentes de bien, asomó por la enramada otro paje, diciendo con mucha socarrería:

—Pido mi parte ó ¡voto á Gibraltar, que dé un cuarto al pregonero!

Y yo, porque callara, luego de oído el consejo del otro bellaco, que dijo ser esto lo prudente, accedí; aún no habíamos llegado á los *kries*, como quien dice, cuando asomó la cabeza el maestresala y empezó á jurar á Cristo que habían de oírle los sordos, y que era grande infamia que tal se hiciera en tan honrada mansión. A estas quejas, tapóle la boca mi *caballero* diciéndole:

—Callad y no hagáis el bobo, que nuestra señora Doña Lucía sabrá pagaros el silencio largamente, que ella es amable y dadivosa.

Y dejando el puesto, llegóse el otro en su lugar. Yo, que tal vi, pensé que todos los pajes de la villa iban á caer sobre mi cuerpo, y, además, que, como todos me embestían con ansias

y no por necesidad, sino por vicio, causábanme más daño que provecho, con lo que me tomó un desmayo tan cruel, que pensé acabar.

Luego de que se hartaron, dejáronme sola.

Cuando volví á la razón, era noche cerrada por todo el mundo, y dióme tanta vergüenza y pesar de que aquellos bellaconazos me vieran después de haberme burlado (que fué darles licencia para que me afrentaran á solas y en público, de palabra y de obra siempre que les viniese en gana), que, sin despedirme de quienes tanto hicieron por mí, y eran cultivadores y guardas de mi pobre vida, salí por un hueco de la tapia al campo y me fui á la ciudad, donde me ajusté de moza en una posada.

Mi garbo y juventud tenía á todos más para servirme que para que yo les sirviera, y todas las noches era la reja de mi aposento florilegio de coplas y plantel de estacazos. Los labradores más ricos de los contornos traíanme lindos presentes, que yo tomaba por aquello de que en el tomar no hay engaño, pero sin responder á ninguno más que con estudiadas palabras que dejaban entrever una incierta luz de posibilidad, y con esto, como veían que era durilla, acrecentaban las dádivas que pudiera hacer lonja dellas. Aun el hijo del corregidor andaba tras mí, que no era persona, y todo lo componía con favorecer los hurtos y abusos que el huésped hacía con la parroquia, creyendo el muy necio que así me obligaba.

Octubre acercábase á más andar, y los estudiantes, que caminaban á sus aulas (las más cercanas teníanlas en Salamanca), comenzaron á invadir la ciudad, que hervía en simiente de licenciados y doctores y en pañeros de Béjar y Segovia. Uno de los días embocó en mi posada uno tan pulido y galán, que al punto me quebró los ojos y túvome por azafata de su gusto, si él fuese servido; pero el tal, ó no lo advertía ó lo simulaba, por aquello de que la fruta deseada es la más apetecida; y sin duda por este aparente ó cierto desdén dió en que más de la cuenta me agradase. Yo le iba á la zaga y le roía los zancajos de tal manera que tuvo al fin que advertirlo, tanto, que un día, llamándome á solas en su aposento (con lo que esponjésem el gusto), me encasquetó estas razones, que así las esperaba yo con dárme las de avisada, como por los cerros de Ubeda:

—Veo, niña, que al garbo del cuerpo y donosura del rostro añades el ser determinada en más que conviene á tu recato, y si yo fuera quien piensas y no quien soy, á fe que ya hubiera dicho «quiero» á tus envidios; pero, por mi mala fortuna, no soy lo que parezco, sino una pobre y desvalida mujer que va en busca de un amor perdido. Y esto tanto lo digo para sacarte de error, como para que me auxilies (que bien puedes y no te pesará) en el empeño que traigo.

Confusa y corrida quedéme con este desengaño, que no pienso que tal háyale sufrido una mujer; así que apenas di oídos á lo que después

hubo  
había  
Ello  
que po

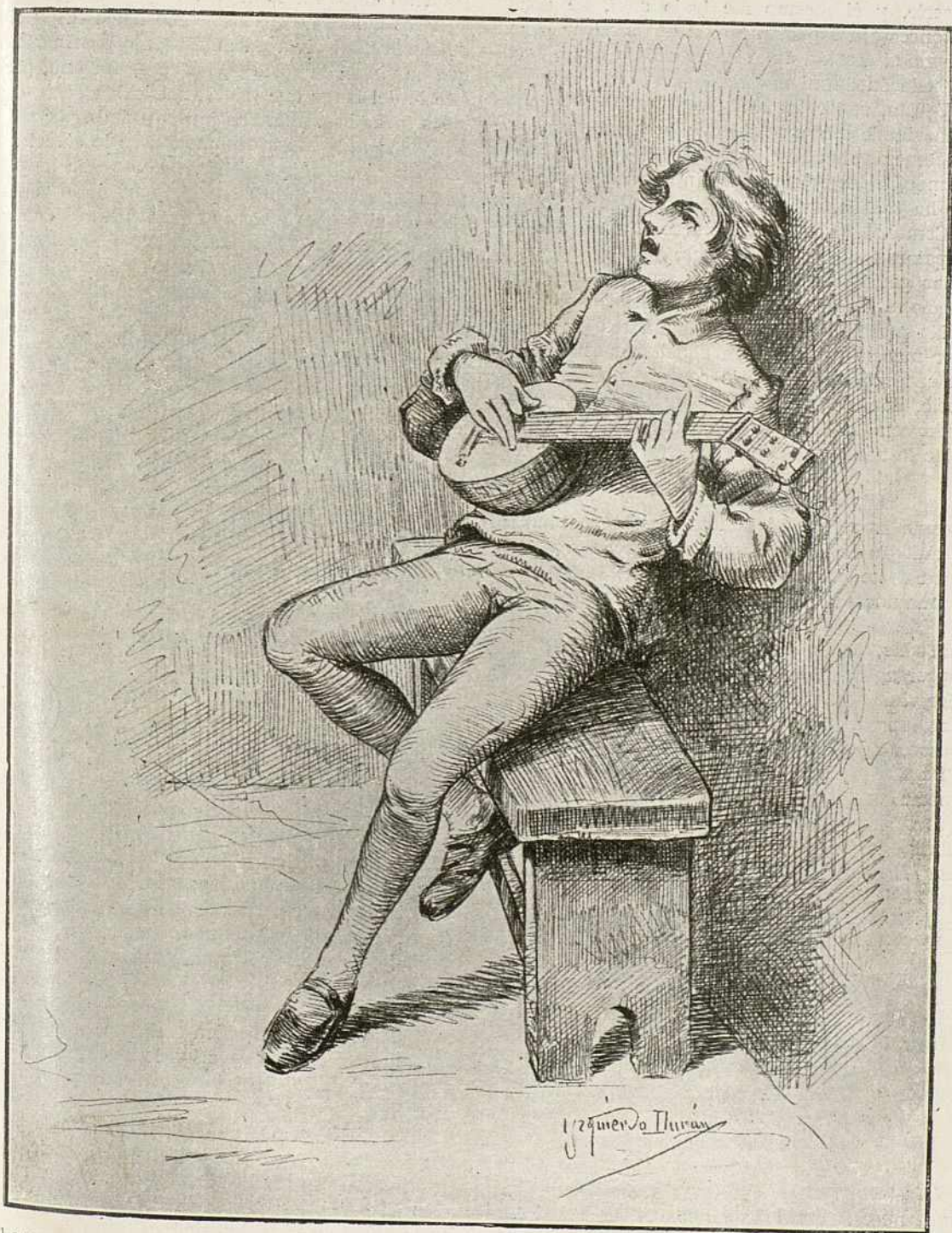
el amor  
era una  
nada, y  
Salaman  
raba una  
No sé  
llegaba á  
muy al



hubo de hablarme, pues lo que me interesaba había tenido un fin tan inesperado.

Ello era, á lo poco que ahora se me acuerda, que por seguir á un galán que se la huyó con

que fué al otro día, emboqué con él (que era apuesto y gentil), y saliéndonos de la venta, dejamos á todos burlados, hasta que, llegando á un lugar que dicen Peñaranda, llevóme al cura



el amor y con la honra, se salió de su casa, que era una de las más antiguas é ilustres de Granada, y echó tras él, en faz de estudiante, hacia Salamanca, donde el aprovechado sopista esperaba una licenciatura.

No sé qué órdenes y ruegos me hizo para si llegaba á la posada atraparle, que yo entendí muy al revés, porque en topando con el mozo,

y le dijo como yo era su mujer, y habiéndole salido demasiado amable y voluntaria, determinaba de encerrarme en un convento de arrepentidas, y esto por no matarme; que mirase qué se había menester para ello, y desde luego lo hiciese, que él dábale licencia para todo.

Creyólo el cura, y por más protestas que hice no me sirvieron, pues el tal ministro de Dios



púsome en el aprieto de dar en la cárcel por adúltera ó en el monasterio por conversa.

Yo, que era una tonta y no tenía los ojos abiertos si no era para mi daño y vergüenza, dí en creerle, y él mismo me trajo aquí, de donde entonces era capellán, no sin antes mirar por sí mismo si era tan amable y cariñosa como decía el bellacón de mi marido...

Y ésta, señor, es la desventurada historia de una simple más que de una pecadora, que por no tener voluntad ni malicia de las cosas del mundo, vióse reducida á tantas lacerias, y aún no ha parado, que todavía da vueltas el mundo.

Comenzó en esto á nublarse el cielo y á encapotarse, amenazando agua, y á poco escupió unas gotas tan preñadas, que no hubo otro remedio, á toda prisa, dejar la huerta.

No permitieron las santas madres que el señor marqués saliera con aquel aguacero, y así, determinaron de hacerle compañía en el refectorio, donde fué muy bien entretenido y agasajado con jaleas y agua de naranja, hasta que vino la noche.

**Donde se refiere la donosa historia del último milagro de Maria Magdalena, abogada y señora deste convento, por librar de la muerte á una devota casada.**

Todas, cual más, cual menos, rivalizaron en hacer agradables aquellas horas de lluvia al señor visitador. Fué de la partida el capellán, hombre muy determinado y dicharachero; y si por respeto á la santidad de la casa, no hubo danzas ni bailes de *chaconas* ni *zarabandas*, cantóse á media voz *El pésame dello*, *Niña del sayo vaquero*, y aquella que dicen *La Toquera*, del buen Trillo de Figueroa, con esotro villancico que empieza:

*«Quedito no me toquéis,  
entrañas mías,  
que tenéis las manos frías.  
Yo os doy mi fe que venís  
esta noche tan helado  
que si vos no lo sentís,  
de sentido estáis privado;  
no toquéis en lo vedado,  
entrañas mías,  
que tenéis las manos frías.»*

Y el buen viejo, con estas cosas gozaba tanto que parecía que le podaban los años. Mil cosas le ocurrieron que, aunque rebozadas de sandeces, eran acogidas por la comunidad como si fueran los mayores donaires.

—Si vueseñoría da licencia—dijo la priora—quiero referirle, porque admire la intercesión y poder de nuestra madre María Magdalena, un portentoso milagro que fué servida de hacer, habrá un lustro, en este mismo monasterio, con una linda casada.

—¿El de Doña Sol?—hubieron á un tiempo de decir todas.

—El mismo.

Y comenzó la gentil matrona la relación del portento desta manera:

«Pues sabrá vueseñoría cómo hacia la puerta de Fuencarral vivía un matrimonio provinciano, que se vino á la corte en busca de fortuna, porque la del lugar que era su patria iba haciéndose tornadiza. Ella era joven y linda por todo extremo; muy moza, fué metida en la cárcel del matrimonio, ó mejor dicho, metióse ella de por sí en un momento de despecho con cierto galante á quien quería más que á las niñas de sus ojos, y por un celillo traidor dió en castigarle de tan cruel suerte, que el castigo fué como escupir al cielo y poner el rostro.

El maridillo que escogió para su penitencia era zafio y sin luces, que no tenía más de las precisas para su oficio, que á este punto no se me acuerda cuál era, ni entiendo que hace al caso.

Luego que pasó el año primero de sus bodas, fueron las mañanas del marido saliendo á flote, que cada una era un saetazo que se hundía en el alma de la recién casada. Meses enteros pasábase el señor amo fuera de su casa, y para nada tenía en cuenta la sapientísima epístola del señor San Pablo. La mujercita lloraba y se afligia tanto, que bien hayan la *Mariblanca* y la *Salud*, si no derramaban aquellos lindos ojos más agua que entrambas fuentes.

Cada vez que nuestro hombre se hartaba de la carne ajena ó se le indigestaba, volvía á la paz de su nido, donde, al fin, era perdonado, más por resignación que por sinceridad.

Fué el caso que en una destas andanzas, topó la hembra con un mozallete á quien pareció bien, y á dos palabras, como la tal estaba hambrienta de cariño, dióle con la limosna de su amor la opulencia de su cuerpo.

Quisiera, señor, que la conociera vueseñoría (á este locutorio solía venir muchas tardes á jugarse las penas con nuestros consejos) porque admirara su garbo y no entendiera que es pasión mía.

El mozo supo muy bien trabarse en aquel encanto de carne morena, y lo que tomó como recreo del gusto, llegó á serle tortura y pesadilla constante.

A tanto llegaron, que él entraba en la casa en faz de amigos; pero con tal insistencia, que el marido, aun siendo tierra abonada para mangos de cuchillo y peines de asta, comenzó á tomar sospecha y determinó celarlos, pues pensaba, con harta razón, que los cuernos, no siendo de oro, hacen mal y dan afrenta.

Tenían ellos por costumbre de reunirse en un zaquizamí ó mancebía de la calle de las Huertas, cabe el insigne monasterio de las Trinitarias; supóle ó sospechólo el canallesco Otelo, y una tarde que muy ansiosos y amoriados allá se en-



yo que estaban en lo mejor, héteme que se presenta mi hombre en la casa, en faz de marido calderoniano, echando denuestos y por vidas, y con la espada desnuda pretende asaltar el aposento. La mujer que le advierte turbóse toda, y diciendo: «La Magdalena me valga», cubrióse con la sábana, como si la blanca tela fuese coraza invulnerable contra todo golpe.

Saltó al fin la cerradura y apareció en el quicio de la puerta la estampa salvaje del ultrajado; tal no pienso que la soñara artífice para la efigie del malo en el retablo de San Miguel.

Pero, aquí del poder divino, que al hombre se le escurrió la tizona de la diestra y cayó de rodillas junto al lecho en que pensó hallar su honra amortajada y aun podrida.

Abran los ojos de la fe los incrédulos y alaben á Dios y á sus santos los que comulgan en nuestra religión sacrosanta.

En la cama, rebozada muy estrechamente con el galán burlador, estaba Santa María Magdalena, toda patitendida y destapada. Un nimbo de oro circundaba el grupo, y un querube molettudo velaba á los pies con una antorcha encendida, destas que llaman flameros. Apenas el bellaco del marido se repuso de la impresión, dió á correr, gritando:

—¡Milagro, milagro! La Magdalena ha dado la vida á mi mujer y á mí la honra, que ya miraba más perdida que la madre que me parió.»

Muy bien pareció al prócer el milagroso portento y aun dióle mucho que reír. Entre su señoría y el capellán suscitóse una donosa disquisición sobre si la santa anduvo ó no un tanto alcahueta, amparando aquel amancebamiento; y en prueba de que el amor clandestino en todas partes y en todas las esferas tiene prosélitos, arguyó el capellán que en los mismos harenes del Señor andan gozques á las sobras y no son mirados con enojo, que aun parece que forman una parte indispensable del culto, que convento sin galanes es tan insulso como huevos sin sal.

—Y á este efecto—dijo el buen clérigo—quiero mostrarles una curiosa crónica de mis años de galán monjil, porque en ella vean vuestas mercedes todo el proceso de tan piadoso oficio.

Mucho tiempo ha que la escribí, que aún me faltaba un lustro y dos años para recibir las primeras órdenes, y no parece que fué ayer cuando salió de los puntos de la pluma. Que uno de hoy no la escribiera con más verdad.

—Lea, padre. ¡Que ello, siendo de quien es, aunque no tuviera otro mérito, nos congratulará á todos!—dijeron dos ó tres garridas madres, que ya en el siglo fuéronlo más de dos veces.

Y sin hacerse esperar más el buen padre, metió mano por la sotana, hasta llegar á los desvanes del recio colete de ante, y sacó tres hojas de papel amarillo con más dobleces que espalda de palaciego, y desdoblándolo con mucha parsimonia, leyó con voz recia y entonada:

«Gratos recuerdos de mi mocedad florida. De cuando yo fui galán de monjas. ¡Dios me lo perdone!»

¡Oh, sagrado recinto! No sé como hay quien pasa ante tus muros sin descubrirse y cruza la florida verja de tu atrio sin hacer genuflexión extremada.

Yo de mí sé decir que no puedo ni aun nombrarte sin que una sensación mística me bañe el ánimo de plácida alegría y me pinte el rostro de seráfica palidez.

El aroma de leyenda que te envuelve, me enerva los sentidos y adormece el pensar en tan dulce éxtasis, que tanto agradeciera no tornar dél como la salvación eterna.

Aún se me acuerda de cuando yo era muchacho, y todas las mañanas, cogido de la mano de mi abuela, iba á oír santamente la misa de nueve, que en la santa capilla del Carmen decía el reverendo padre Germán, de la venerable Orden de Predicadores. Pacientemente, y aun con devoción, solía yo escucharla, que en toda ella no era atrevido á ponerme en pie si no era al Evangelio; pero con todo resentíase un tanto mi natural revoltoso y aburriame algo que el padre Germán con tanta fe solía tomar el incruento sacrificio, que más de una vez pienso que se durmió teniendo el Santísimo Cuerpo de Cristo hecho especie entre los dedos. Más agradábame la *misa mayor* (miren qué simpleza de muchacho), porque como era cantada y oficiaban en ella tres curas, sacristán y monaguillos, entendía yo que sólo ésta era digna del Altísimo, y que las otras más modestas eran misillas de poco más ó menos, propinas á la servidumbre y sabandijas de la Corte Celestial, como si la casa divina fuera como la de nuestro buen Rey (q. D. g.), hervidero de favoritos, malandrines, pajes, dueñas, mozas de retrete, azafatas y bufones. Bien que, en mi lógica inocente, hacíame estas consideraciones:

—Si aquí abajo, con ser tierra, hay tanta canalla desta especie, allá arriba, por ser aquello infinito, ha de ser mayor y más cruel la plaga.

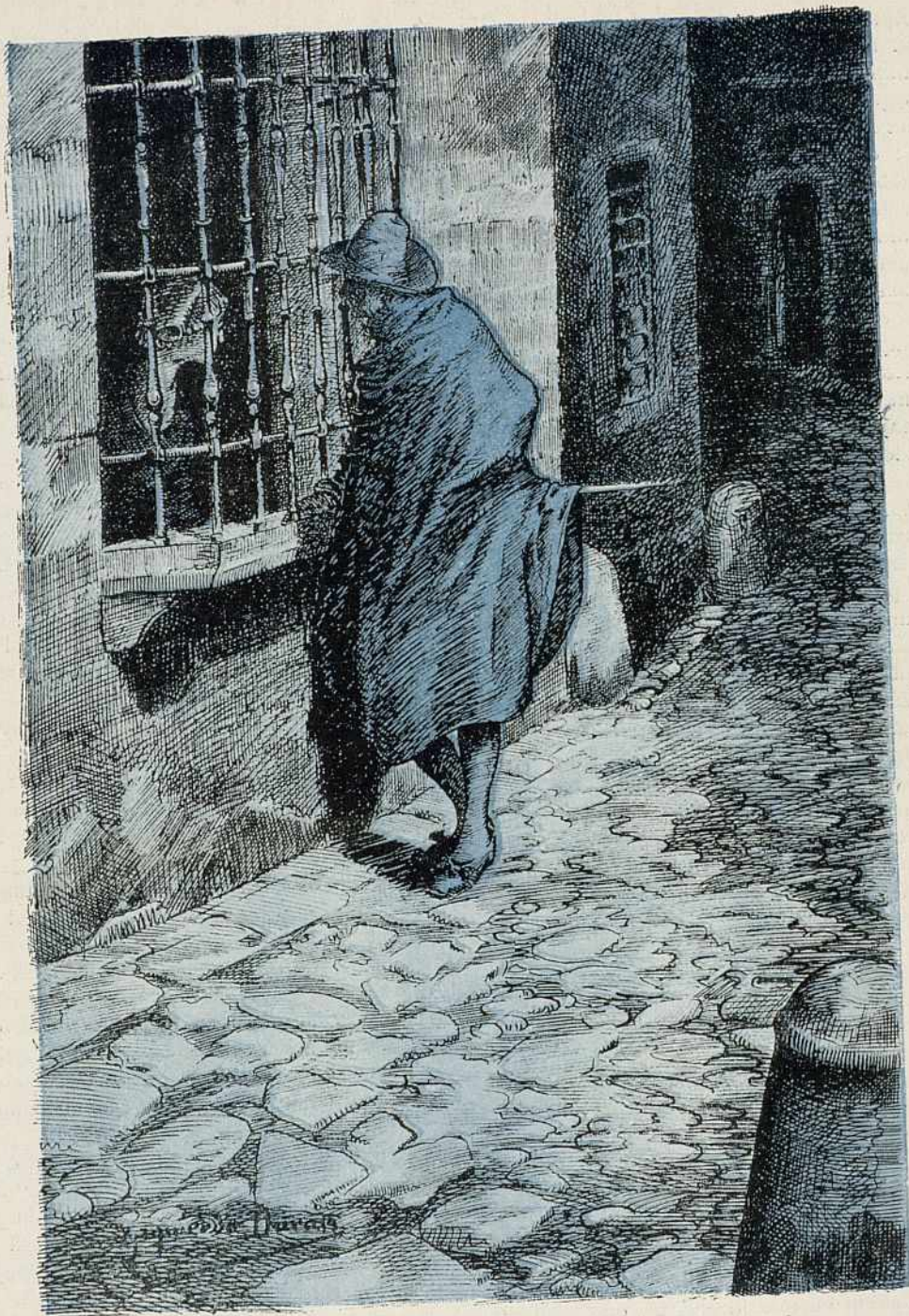
No me placía desta misa cosa alguna tanto como la voz engolada y suave de las monjas, y procuraba retener á mi abuela después de la de nueve para dar lugar á estotra, que no era mi abuela mujer que desairaba una misa, aunque se topara con una en cada esquina.

Mis ojillos sutiles escudriñaban al través de las celosías hasta parar en las blancas siluetas de las madres, y lo mismo era escuchar el levantado murmullo de las que iban entrando en el coro, que ir yo conociéndolas por el metal de la voz, y sabía cuál era la que desafinaba en el *Introito*, cuál la que se entonaba al alzar y cuál la que daba una nota prolongada, como un suspiro de desmayo, al *Item misa est*.

En fin, que por las voces hubiera reconocido á las profesas deste monasterio (que este mismo era) entre todas las de la cristiandad.

Hoy que soy talludo mozo, harías veces pro-





fano con mi pecadora presencia la mortuoria paz destas naves augustas, y como cuando niño (perdónemelo Dios, que así la gracia me sea propicia como que lo hago sin darme cuenta), torno la espalda al Santísimo y escudriño ávidamente las siluetas blancas que de vez en vez alegran la tiniebla del coro.

Yo pienso que entre aquellas inmaculadas tocas hay un corazón joven que late por un amor de la tierra, un corazón aprisionado allí por una conveniencia egoísta ó por un cerebro vehemente y enfermo que en el dolor de un desengaño marchitó la flor de su vida.

Búscole yo desde fuera todas las tardes. Me instalo al pie del coro, y en un rincónito de

mi magín, persigo una idea pura como una estrofa de sor Juana Inés de la Cruz, y sin permitirle que á mis pecadores labios descienda, hágola subir como una nube de incienso hasta la cornisa que mantiene la celosía, y tamizándose por los compactos hierros, se esfuma y se pierde por entre las severas tocas hasta llegar al corazón doliente y joven que late por un amor de la tierra.

En una palabra: que, sin darme justa cuenta, soy galán de monjas, y, á la verdad, ni me pesa de que me lo echen en cara ni me duele declararlo.

No hay galanes más afortunados que yo y los de mi cuerda, pues no tenemos más de creernos

que s  
en ag  
nó po  
una r  
fuera  
gentil  
media  
bañad

No  
yo sé  
de mo  
de Arg  
puede  
piensa  
No es  
cerca  
sabem  
expues

Toda  
flaque  
mi esp  
cialisin  
empre  
neros  
aunqu  
tener  
sea at  
dad q  
aires d  
se mir

Téng  
de la M  
aquella  
cos y  
ras, tie

Acué  
to vine  
da ince  
aquel  
más co  
ra, lleg

Apen  
imagin  
que es

Vínc  
cae me  
blanca

abrió,  
dida qu

do lleg  
pudiera

Rodrig

Llegó  
afectuo

Guadan

—Hij  
Mucho

más m  
aquella

de Cali  
doncella

sia, Fija  
Tanto



que somos correspondidos, y podemos bañarnos en agua de rosas diciendo que tal madre desafi-  
nó porque nos vió al entrar; que tal otra rozó una nota en el *Gloria Patri* porque, sin que yo fuera dueño de mis ojos, fuéronseme tras de una gentil devota, y hubiera vendido toda la vida y media alma por ser cruz de sus dedos cuando, bañados en agua bendita, los llevó á los labios.

No se me ría nadie ni me tome por loco, que yo sé de quien dice por ahí que el oficio de galán de monjas es como el de eunuco en los serrillos de Argel, pues por cien mujeres vela y á ninguna puede llegarse en son de batalla. ¿Por qué se piensan que yo me llego á las señoras monjas? No es por su virtud, que, con ser mucha, tan cerca está de quebrarse como el vidrio, que ya sabemos que, cuanto más vale una cosa, más expuesta está á perderse.

Toda la dificultad que digo está, para mí, en la flaqueza de la faltriquera y en el poco aliento de mi espíritu, que de tener yo alguna destas esenciales cualidades, indispensables para toda empresa, nunca faltarianme hermanas ó jardineros que me procurasen suspiros de monjas, aunque vinieran de las más viejas, que esto de tener bula para comer carne en vigilia (aunque sea atrasada) da ciertos humillos de superioridad que mueve á retorcerse el mostacho con aires de grande y á mirar al prójimo como quien se mira algo que le cayó encima del hombro.

Téngome pasado en el zaguán deste convento de la Magdalena lo mejor de mi vida. Y es que aquella sala espaciosa y limpia, orlada de bancos y tapizadas sus paredes de bíblicas pinturas, tienen para mí no sé qué adorable encanto.

Acuérdaseme que una calurosa siesta del Agosto vineme aquí, tanto por estar cerca de mi amada incógnita como por gozar de la frescura de aquel sitio; arrellenéme detrás de la puerta lo más cómodamente posible y, glosando mi locura, llegó el sueño y me cerró los ojos.

Apenas cegáronseme los sentidos, comenzó la imaginación (que no duerme más de un sueño, que es eterno) á hacer de las suyas.

Vínose abajo la pared frontera como lienzo que cae merced á una corriente de aire; una figura blanca é informe se dibujó en el hueco que se abrió, y poco á poco fué tomando forma. A medida que se humanizaba acercándose á mí, cuando llegó tan cerca que si entendiera los brazos pudiera asirla, vi el más innoble tipo de dueña Rodríguez que podéis soñar.

Llegóseme á dos pasos y hablóme en tono afectuoso y silbante, que más parecía viento del *Guadarrama* que voz de mujer.

—Hijo mío, seas bien llegado á esta santa casa. Mucho te agradezco las continuas visitas, aunque más me duele que no me reconozcas. Yo soy aquella buena mujer, encismadora de los amores de Calixto y Melibea, que, harta de remendar doncellas y zurcir voluntades, acogíme á la Iglesia. Fíjate bien y verás ser la misma mi estampa. Tanto bajó el oficio, que no tuve más remedio

que renunciarle. En la farsa del mundo, ya cada cual de por sí se busca los rotos, los adereza, sin haber necesidad de nadie. Aquí, aunque ninguna tiene que hilvanar ni descoser, pues también entre ellas se queda todo, necesitanme como gobernadora y consejera. En estos claustros hallarás amigas que antaño trataste muy de cerca. Unas están por ahorrarse de hacer la travesía á Indias como simiente humana; otras, porque, al cabo de los años, picólas el mocoso Amor y las curó unas desilusiones; las más, por cansancio y alifafes, y casi ninguna por arrepentimientos. Quiero mostrártelas sin tocas ni sayas por que mejor puedas apreciar por tus ojos si pudiera la mejor hacer en el siglo cosa de provecho.

... Y fueron pasando por aquel boquete de la pared hasta veintitantas mujeres, que, por permisión de la madre *Celestina*, al cruzar ante mí, tornábanse los hábitos transparentes como el cristal.

En ninguno de aquellos cuerpos veíanse cilicios ni huellas de místicas mortificaciones, sino reliquias de humanos y nada ejemplares sufrimientos.

Quién había la cabeza monda y lisa como una bola de marfil, y no, en verdad, por obra de la tonsura; á cuál otra faltábale un pecho, porque cuando fué madre, con más verdad que ahora, padeció una grieta tan maligna, que fué menester amputársele; la que no renqueaba por un mal paso dado en la mocedad, se derretía en lamentaciones por un desengaño sufrido en el otoño de su vida.

—Todas, cual más, cual menos—prosiguió *Celestina*—, han de serte conocidas, que aquí están ahora, más que como esposas del Señor, como barreduras y desecho del siglo. Yo, que bien te quiero, porque alguna vez te mostraste generoso conmigo (que no eres tú miserable teniendo aún la idealidad de unas tocas blancas, con un alma virgen dentro, no vengas á este sitio, que no hay qué dar. Busca otro de más respeto en la apariencia, porque de tornó adentro todos son lo mismo. ¡Cuantísimas hembras hay en los harenos del Señor que dieran la vida porque, al abrazarse con un crucifijo, se hiciera carne la sagrada efigie y cayeran en un loco remolino de tocas y enaguillas Cristo, monja y madero!...

Abrí en esto los ojos; la pared estaba intacta, y allá, detrás del torno, como viniendo de la iglesia, escuchábanse los cantos litúrgicos de las santas madres...

Todos celebraron con mucho regocijo la relación monjil de su paternidad, cuya bien echábase de ver que estaba escrita por hombre que había pasado por ello.

Y aun hubo de ellas quien se relamía y suspiraba por ir al coro para ver si los galanes que abajo en la iglesia esfumábanse los bigotes y



la estampa y garbo que había sido su capellán.

Otras mil cosas se contaron de mucho donaire, acaecidas á gentes de hábito y sotana, que son personas de buen humor, y puso *finis* este sonetico, que una de las madres dijo habersele compuesto un cierto poeta, al garbo de cierto lunar que ella guardaba muy escondido, pero que en tiempos fué la cosa más conocida de la villa. Desde Santiago de Compostela llegaban peregrinos por tocar reliquias en él.

Y dijo así, con argentina voz, que era una canturía galante:

¡Oh, pecador lunar! ¿Cómo has querido ser paje de cortina en tal entrada?

¿O es por dicha tan buena la soldada que compense el vivir tan escondido?

Mil veces, al mirarte desterrado en parte tan recóndita y secreta, allá para mis solas he pensado si serás lunarco anacoreta.

... ¡Humilde estás, por Dios, en demasía, pudiendo presidir como regente donde todos te hicieren pleitesía!

¿Es posible que no te preocupe servir de paje a tan cochina gente, que al entrar topa y al salir escupe?

De casa de su excelencia, como ya era tarde y él no tenía por costumbre de acudir á ella después de la oración, enviaron á buscarle con el coche de su sobrina, pues él, aunque entonces esto de andar sobre ruedas estaba muy al uso, jamás quiso que otros pies que los suyos le llevasen, pues decía que el caminar en volandas traía al magín la representación de la muerte, y que mientras Dios le tuviere en esta vida y fuese servido de darle salud, no quería remedar el más leve paso de tan grande señora.

Despidióse, pues, con mucho afecto de las santas madres, y prometiendo la tarde de cada jueves su visita, retiróse á esperar en su casa este día de la semana entrante.

### VISITA TERCERA

Y por no hacerte esperar, descontentadizo lector, el espacio mortal de ocho días, refiriéndote durante ellos vidas y milagros de las profesas, quiero que pasemos al jueves prometido, momento y hora en que el piadoso marqués de Puerto Lápice entróse por las arcadas del claustro, muy acompañado de sor Andrea del Perpetuo Socorro, garrida moza, rubia como el sol, y de Ginesico, el paje de bolsa.

Ya parece que miraban al buen prócer como estantigua hermana de los evangelistas y querubes de piedra que presidían la austeridad arquitectónica de aquellos muros, que dijérase que en sus labios barrocos frunciase muy cortésmente la sonrisa de un afectuoso saludo.

La monjita de esta vez tenía por velo de sus lindas facciones un suave velo de melancolía.

que dábale todo el aspecto de una virgen de retablo, desas que son más veneradas y admiradas por haber salido de las mágicas gubias de Montañés ó Alonso Cano que por el mito que representan.

—Busquemos el amparo del olmo, que es dosel de las vidas que me contáis—decía el viejo—, y sea su vetustez florida como pentagramas de la música, donde las notas alegres y las sentidas forman un bello poema.

—Vea, señor, que mi vida pasada poco tiene de alegre, porque la crucé con los ojos vendados y el corazón en paz; porque viví más con el alma que con el cuerpo y puse la fe que ahora es consuelo de mi pena en el tardío amor de un hombre que, habiendo sido creyente y arrepentido con otras mujeres, dió en ser relapso conmigo. Dios se lo premie si el topar con él fué para traerme al amor de Jesucristo. Aunque pienso que amor como el de la carne no hay divino que le quite la vez.

**Donde sor Andrea del Perpetuo Socorro cuenta la dolida historia de la señora Belisarda, que por un desengaño de marido se encerró en la paz del claustro.**

Pienso, señor, que entre las historias que vuesa merced lleva oídas de todas nosotras y aun de las que le contaren fuera de aquí, ninguna habrá topado tan sencilla y desnuda de picardías y azares como ésta.

Bien puedo jurarle, sin que le parezca figura retórica, que es como el río Guadiana, que diz que camina siete leguas debajo de tierra, y sin duda que, á pesar deste secreto, sus aguas siguen tan caudalosas en el reino de las tinieblas como á la luz del sol.

Sepa, señor, que aún no habrá un lustro que soy casada, pues para mayor tortura de mi pena, aún quiere el cielo que viva mi marido.

En mis peregrinaciones por la vida (que yo antes de dar en el amor de Cristo fui comedianta y no de las peores), muchos tropiezos y descalabros tuve con la deidad sin ojos, pero en ninguno caí, que si en tal advertía peligro de muerte, luego con mucha discreción sabía apartarme, que bien se me alcanzaba que son las cómicas como acerico de las pasiones, en que todos júzganse con derecho á meter su alfiler.

Mequetrefes que comienzan la vida, mozos que la andan y viejos que la dejan, tienen afición á la carne de tablas, unos por vía de ensayo, otros por accidente y los últimos por retiro, pero muy pocos por cariño que el corazón les ordene. Y así, si á todos dí oídos, á nadie dí cosa que viera más de un pellizco.

Mis aposentos de la casa y del teatro parecían mares de presentes endechas y madrigales de mi corte amatoria.

Los regalos valiosos tenía los ordenados con el nombre de la persona, por saber en cuánto me estimaba el que le enviara. Tal había que daba



por mí una fortuna, y al despedirse alargábame la mano con miedo, por temor á que me quedara con ella.

Muchos decíanme: ¡qué bien sentaría una corona en esa cabeza!, y ninguno: ¡qué justo entrará un anillo en ese dedo!

Todos me preguntaban cómo había pasado la noche; del día nadie se preocupaba.

Las endechas y los madrigales, sin les dar más importancia que á las joyas, dábales más simpatía, porque ellos llegaban á mí como mieles de ingenio, y en el ingenio tiene tanta parte el corazón como el pensar, y savia de entrambos llevan las cosas que se dicen y las penas que se lloran.

Un compañero había, sin embargo, que consiguió entrármeme por los umbrales del alma. ¡es la verdad que apenas si él puso gran cosa de su parte.

Era galán por todo extremo, de apostura muy gentil, correcto en las facciones y pulido en la indumentaria. Contaban de él cada día mil hazañas galantes, que demostraban ser gran maestro en la venerable orden de Cupido.

—Más lágrimas de mujer y desesperaciones de padres y maridos tiene costado este hombre—decían—, que enemigos tiene Olivares.

El, muchas veces, díjome galanuras; pero nunca ahondando bastante, que, como experto que debía de ser en estas lides, supo preparar las cosas de manera que fuese yo misma la que me clavara.

Comencé á tomarle afición, y ya no había para mí presentes ni versos que me dieran recreo. Y á tres veces más que me habló, le dije *quiero* con todas las veras de mi alma; y en la primavera de aquel año, durante una salida farandulesca que hicimos por tierras de Andalucía, quedó nuestro amor santificado en los altares.

Parecíame sueño que aquel hombre tan galán y tan buen mozo, que pudiera valer por figurín de lindos, fuera de mi pertenencia.

...Llegó la noche, señor mío, y toda la gentileza y todo el buen parecer se fueron en salvas. Que de todas aquellas fabulillas y leyendas amorosas que decían, sin duda no quedaba aroma para mí.

Cumplió mesuradamente con la entrada de rigor sin extremados dengues ni grandes finezas, y soltándoseme de los brazos, tornóse á la pared, y á los diez minutos roncaba como un mozo de mulas.

Disculpéle como pude, echándolo á que acaso en la comida los licores hubieranle sisado arreos y quitándole la cortesía. Y así pensando, quería más que á las niñas de mis ojos. Y cuando el alba se entró por las vidrieras, yo, incorporada en el lecho, mirábale y repasábale á besos.

Pero ¡ay, señor! que desta mala conformidad siguió este pecador los ocho meses mortales que llevamos de matrimonio, que ni aun esperé á los nueve, porque no había para qué.

Toda aquella aureola con que se me apareció mi Don Luis—que así se llamaba mi esposo—, esfumóse.

No es decir que fuera desto me diera mala vida. El holgábase mucho de tener esposa tan gallarda por suya, que, dondequiera que la presentaba, alzábale un murmullo de admiraciones y envidias, y aun yendo con él, no se me atrevía nadie que, viendo tan garrida pareja, ninguno era osado pensándose que no podía ser menos que el uno viviera loco por el otro.

En fin, que vine á envidiar con un maridillo destos que se pagan más de que su mujer parezca bien á los ojos ajenos, porque piensen que tuvo buen gusto para tomarla por esposa; y si la sacan á la calle, vístela con ropas de relumbrón para que nadie pase sin advertirla.

Hacía glosa de mi garbo en todas las conversaciones, y aun recelo que, á todos los que me veían por de fuera, contábase cómo era por dentro. Y esto sin maldad, que más tenía de bobo que de avisado.

Retirámonos de la vida farandulesca, que así lo quiso su padre, ya que había sentado la cabeza y hallado en mí la cruz de su redención, y á la corte volvimos, donde los contrarios celos, por la frialdad de mi esposo, hicieronme de todo punto imposible la vida.

Era como un palacio de espléndida fachada, desmantelado en el interior, y estaba lo malo en que la ilusión por él no se me extinguía, porque, cuando así no fuera, yo hallara en mí lo que en mi esposo no encontraba.

Con esto entróme un tan grande desarreglo de los nervios, que llevábame el diablo.

Pensé en volver á la Comedia y enfangarme lo más que pudiera por olvidarlo todo, y ¡quién sabe si en esta peregrinación, en busca de un querer, llegara á dar con otro que diérame el alimento que necesitaba!

Leyendo una tarde, por acaso, á Santa Teresa de Jesús, infundióme la divina doctora un misticismo tan grande, que pensé que la vida monástica pudiera ser mi puerto de refugio en este naufragio de marido, y á Cristo Nuestro Señor pudiérame ofrendar, como la Santa, el amor inmenso que en mi pecho ardía.

Fuflo meditando á mis solas; luego lo consulté con mi confesor, y al cabo de una semana decidí ponerlo en conocimiento del que no fué mi Don Luis.

No hizo grande extrañeza, que entiendo que se alegraba (aunque no tenía franqueza para confesarlo).

Decíame que, si tal era mi vocación, él no se oponía, que estaba muy lejos de robar cordelinas al rebaño de Cristo, y que en el cauce mismo de su sangre hubo muy notables ejemplos de santidad. Entre ellos, un obispo de Nueva España, que llegó á tan alta jerarquía luego de haber sido casado cuatro veces y haber tenido más mancebas que un sultán, pues la mitad de los soldados que envió el señor rey Felipe II



en aquella desdichada flota contra Isabel de Inglaterra, eran hijos de su eminencia.

Dos ó tres santas, fundadoras de venerables órdenes, y también hubo casos á la inversa, tales como el de una piadosa dama, regente de una penitenciaría, que dejó la vida *ejemplar* harta de piques y rencillas, y puso en un barrio céntrico de la corte una casa de trato, donde tenía menos quehaceres y quebraderos de cabeza que en el servicio de las prácticas cristianas, porque todo se hacía sin ruido y bien pagado.

Dije, pues, ¡adiós! al mundo y decidí encerrarme en este santo monasterio en vez de hacerlo en otro de más fuero y menos nota, por vivir con gentes que, como yo, han peregrinado en busca de la humana semilla, que no ha querido arraigar en nosotras. Y aquí vivimos todas como Dios quiere, de los recuerdos tristes del pasado, soñando con el *niño*, que no vendrá, porque aquí no hay otro que el amor sin fibra á las estatuillas de yeso y á los troncos tallados.

Yo, aún quiero á aquel hombre, y por esto pienso que Cristo no tenga celos.

En mi Don Luis adoro la forma, en mi Dios lamento la tacañería con que nos creó.

¿Por qué nos hizo materia con apetitos y dolores y basura, si nos pudo hacer todo alma, todo luz, todo grandeza?

Aquí rompió la infelice en un tan amargo lloro, que hubo de consolarla su excelencia (haciendo oídos de mercader á las herejías de la histérica madre) con mimos de abuelo, diciéndola que todo lo sufriese por amor de aquel buen Dios, á quien tan gravemente injuriaba, pues resignarse era su deber, ya que al recluirse tras de aquellas tapias había renunciado á las miserias del mundo y comenzaba un doctorado para otra vida más larga y dichosa.

Que mirase luego la bondad infinita de Nuestro Señor Jesucristo, que con poder serlo todo, teníase (por dar ejemplo) en menos que los hombres, pues él tomaba por esposas legítimas, sin dársele cuidado de motes ni epigramas, todas las mujeres que le ofrecieren su mano, ya fuesen inéditas ó más traídas y llevadas que comedias de moros y cristianos...

Levantaron luego desto el campo, que ya iba haciéndose hora.

Unióse la comunidad entera con el capellán á la cabeza para despedir á su excelencia, y dióse orden de buscar al paje, que no apareció á tiempo de finar la historia, como tenía por costumbre.

Sacristán y monaguillos andaban como gozques á la caza del muchacho, y ni barruntos tenían de dónde pudiéranle hallar.

Al fin, la voz del jardinero, aquel jardinero truhanesco, sonó recia desde un desván que al jardín caía.

—¿Buscan vucelencias á Ginesico, el paje? Pues ahí va, que ahora mismo acaba. De seguro que también él se ha contagiado de su amo y señor en esto de averiguar vidas ajenas. Sólo que á él le gustan más recientes, que aquí estaba con la novicia que entró el mes pasado.

—La única que por ser nueva y niña aún no fué presentada al señor marqués—exclamó la abadesa—. Ella fué traída por vía de ensayo, que no llevaba buen camino al parecer.

—Pues ya escribió el primer capítulo interesante de su vida—dijo Don Pedro—. Aquí, donde hay tantos poemas, no podía faltar un apólogo.

Y cogiéndose del brazo de Ginés, que llegaba en aquel momento más rojo que una cereza, sin hacerle ningún reproche rompió la marcha hacia la puerta de salida.

Aquí da fin, lector, este pobre relato de unas vidas femeniles, esclavas, como todo mortal, de las exigencias de la carne, que por averías en el ánima recogieron á la paz de un claustro, donde todo dolor y todo suspiro de recuerdo queda envuelto en el misterio ó hipocresía de unas tocas.

¡Famosos harenes del Señor, donde las odalisacas se mueren de tedio esperando al Esposo, y muchas veces, desesperadas de que nunca cierre los brazos, le traicionan con la servidumbre!

¡Ni vírgenes prudentes, ni vírgenes locas, ni mujeres malas, ni mujeres buenas!  
¡Corazones yertos, flores sin aromas!

¡Almas cansadas, que ha dicho el ingenio, á quien van dedicadas estas narraciones!...

Diego San José



## PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.

MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

## Cayetano Fernández

Recibe en México El Cuento Semanal y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

## Colecciones de EL CUENTO SEMANAL

(De los años 1907, 1908, 1909 y 1910)

Se venden en esta Administración al precio de **25 pesetas**, lujosamente encuadernadas

Para todo cuanto se relacione con la publicidad en **El Cuento Semanal**, dirigirse á D. Juan Pérez D. Aragón, Fuencarral, 90, bajo

## GRANDES TALLERES DE ENCUADERNACIÓN DE JOSÉ YAGÜES 8, INTUNICIO, 8

Se hace toda clase de trabajos de encuadernación, libros rayados, etc.  
Especialidad en encuadernación de revistas ilustradas

## Las máquinas de escribir HAMMOND

SON LAS MAS SOLIDAS, DE MAS RESISTENCIA Y MAS PERFECCIONADAS DE CUANTAS EXISTEN

Escritura completamente á la vista.—Cintas de colores.—Cambio instantáneo de carácter de letra é idioma.—Las únicas con tecla de retroceso.—Las únicas que no pueden desalinearse.—Las únicas de impresión automática

Ventas al contado y á plazos

Agente concesionario:

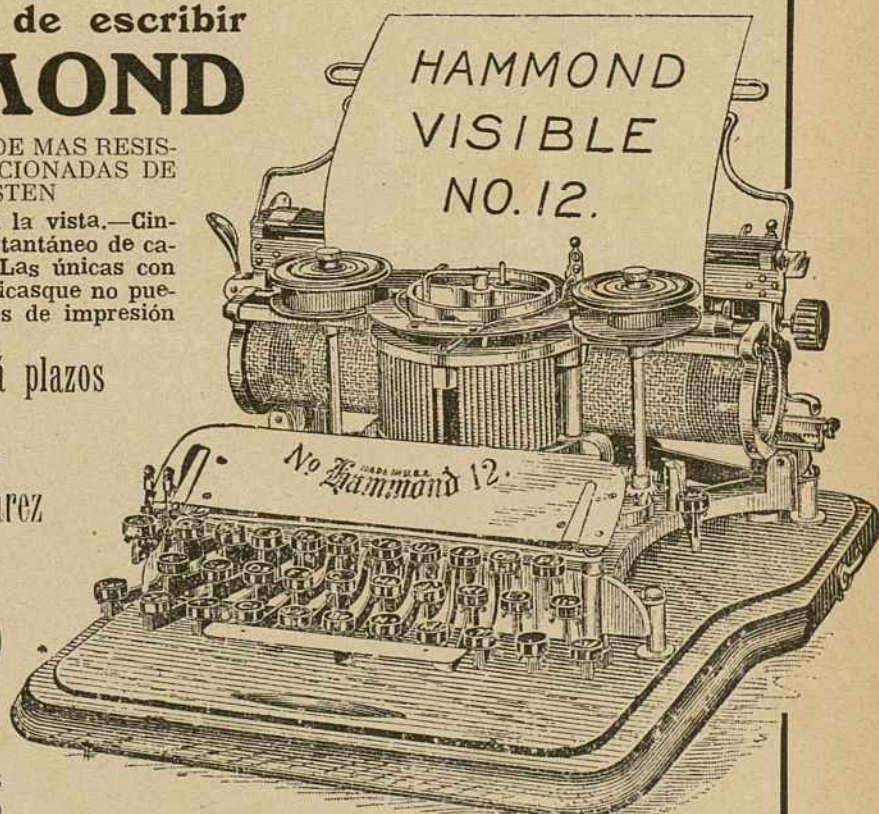
Ramiro García Suárez

MADRID:

Carrera de San Jerónimo, 30

BARCELONA: Fernando, 49

Novedades norteamericanas  
y muebles para escritorio





# La Ciudad de Londres

29, CALLE DEL CARMEN, 29



La Casa más barata de España en toda clase de tejidos y confecciones de Señora, Vestidos, Salidas de teatro, Abrigos de piel, terciopelo, felpa y paño desde 25 pesetas

ESPECIALIDAD EN TEJIDOS  
PARA TRAJES DE NOVIA

1.000 Faldas de seda

== á 12 pesetas ==

500 Cortes ingleses

- - para caballero - -

== á 20 pesetas ==



Se confecciona á medida sin alterar los precios

